

EL SUEÑO DE ARMAGEDDON

¿Era el sueño constante y consecutivo su verdadera vida? ¿Soñaba en realidad cuando estaba despierto?

El hombre pálido entró en mi departamento, en la estación de Rugby. Desde el tren le había visto avanzar con lentitud, no obstante la prisa del mozo que le acompañaba. Su enfermiza apariencia me llamó la atención. Cuando se sentó frente a mí dejó escapar un suspiro e inició un ademán para arreglar la manta de viaje con que se tapaba las piernas, pero como si el esfuerzo fuese excesivo, se quedó quieto, con los ojos fijos, y, acaso dándose cuenta de que le observaba, tendió trabajosamente la mano hacia un diario y me miró disimuladamente.

Algo avergonzado de mi indiscreción, fingí enfrascarme también en la lectura. De pronto, con gran sorpresa, oí su voz.

—Perdón, ¿cómo decía usted?—pregunté.

—¿Me permite ver ese libro un instante?

—contestó, indicándome con un dedo esquelético, el volumen que yo leía.—Trata de los sueños, ¿verdad?

—Sí, señor—respondí, enseñándoselo para que pudiera leer el nombre del autor. Fortunum-Roscoe, y el título, *Los estados del sueño* escrito en gruesos caracteres sobre la portada.

El desconocido permaneció silencioso un segundo, como si encontrar las palabras le costara un gran trabajo, y al fin dijo:

—Sí, sí, ya veo lo que es... Pero poca cosa va a aprender usted ahí.

De momento no comprendí lo que quería decirme.

—En el fondo esos autores no saben nada—añadió.

Y mientras yo le miraba atentamente, concretó su idea:

—Hay sueños de sueños...

Como no acostumbro a interesarme por tales insinuaciones, callé; pero él, casi en seguida, me preguntó:

—¿No suele usted soñar? Pero no sueños de esos corrientes, de esos que se olvidan, sino sueños claros, que perduran.

—Sueño muy poco—le contestó.— Y no creo que más de dos o tres veces al año tenga uno de esos sueños que se recuerdan más tarde.

—¡Ah!—suspiró. Y durante unos segundos permaneció callado, cual si reuniera sus dispersas ideas.

En seguida volvió a interrogarme.

—Y esos sueños ¿no se mezclan a menudo en su recuerdo con los hechos reales? ¿No le ha ocurrido nunca dudar ante uno de esos recuerdos, si era real o quimérico?

—Casi nunca—repuse, sonriendo.— Tal vez durante un instante haya sufrido una confusión, una alucinación; pero no tardo